PARO NACIONAL

¿Qué se hizo la sensatez?



Son días de confusas confusiones.

Diana Sofía Giraldo

Si hoy un ciudadano pacífico quiere marchar para protestar de manera legítima, puede poner en riesgo su integridad física. Si otro sobre informado superficialmente y violento, usa la marcha como desahogo de sus emociones, puede terminar incendiando los ánimos y enredando las motivaciones de las mayorías. Algunos pueden ser presa fácil de políticos oportunistas, que escudados en el empoderamiento de los estudiantes, sueñan con ideologizar la protesta y transformarla en un "paro cívico nacional". Si alguien decide no marchar porque rechaza los postulados falsos, puede ser violentado por el que eligió creer en esos mismos postulados.

Vimos en las tensas vísperas del paro a las "fuerzas sociales" convocar a cada ciudadano, por redes, para pedirle que, si tenía inconformidades, de cualquier tipo, las usara como estímulo para desahogarse en las calles. Así motivado, se confundirá con las más enardecidas protestas, que lloverán en forma de piedra y papas explosivas. Quiera o no quiera quedará inmerso en el tumulto. Estará hipercomunicado, solo y vulnerable.

Las amargas experiencias demuestran lo inútil de esos desahogos, que algunos llegaron a llamar "retozos democráticos" y ahora quieren bautizar "protesta social", retorciéndole el cuello al significado de este respetable término.

Por supuesto, nadie está en contra de esa protesta. Pero es algo muy distinto de lo que se está volviendo final recurrente de las marchas que están de moda. Al desfile tranquilo de los que protestan, así no tengan claro por qué razón, se le agrega una fase violenta para terminar en las pedreas, incendios, agresiones y reclamos de los comerciantes que cierran sus vitrinas, de los transportadores que ven como rompen sus carros, de los particulares heridos y de los policías a quienes les han impuesto, como regla ineludible en el cumplimiento de su deber, dejarse apedrear, porque si reaccionan se convierten en violadores de los derechos humanos.

Lanzados por ese camino, solo habrá disturbios para llegar a ninguna parte, porque el foco de atención mediática será la violencia y no las reivindicaciones.

Al día siguiente, solo quedan los restos de piedras, vidrios, almacenes, sillas, automóviles, buses y camiones, y una legión de ciudadanos golpeados, frustrados y por supuesto descontentos, que recorren a pie kilómetros para regresar a sus hogares porque destruyeron los medios de transporte. ¿Qué obtuvieron con la "protesta"?.

Claro que hay problemas e injusticias que claman al cielo, pero esta mezcla de marcha, disturbio y asonada empeora la violencia, divide la sociedad y siembra semillas azarosas, que después germinan en todo género de desafueros y abusos individuales. En un país con las tasas de homicidios, feminicidios, abuso de niños y niñas y lesiones personales es una insensatez presentar la violencia como vía de redención social. Como lo justificó con descaro un encapuchado en el programa Séptimo Día. Tanto más si apenas estamos superando una época de brutalidad extrema, que al fin encuentra una rendija por donde filtrar la paz.

Ghandi logró liberar a la India predicando y aplicando la no violencia. Entre nosotros hay quienes piensan que se mejora la educación, graduamos más doctores y formamos más científicos incendiando el Icetex.

Roguémosle a Dios que no nos deje perder la sensatez.

MAL MOMENTO

Protesta social y democracia



"Marchas de este jueves tienen una fundamentación exótica"

Jaime Alberto Arrubla Paucar

El Estado democrático supone derechos para los ciudadanos de muy diversa índole, entre ellos el de manifestarse a favor o en contra de las políticas públicas del gobierno de turno; pero también el ciudadano tiene obligaciones, como la de actuar de buena fe en todas sus actuaciones públicas o privadas y no atentar contra la libertad de los demás ciudadanos ni contra el patrimonio público o privado. Esta recordación cobra sentido en la medida que, con ocasión del paro señalado para el día de hoy, mucho se ha dicho y hasta con exageración de lo que es el derecho a protestar de los inconformes; pero poco se ha señalado de las obligaciones que se tienen por la convivencia social y que no pueden abandonarse al momento de manifestar la inconformidad.

Colombia es un país experto en protestas sociales; quienes hemos habitado el entorno del centro histórico por años, podemos dar fe de ello. Rara es la época donde semanalmente no se presente algún tipo de protesta encaminada a marchar hasta el Parque de Bolívar. Protestas de toda índole; estudiantes, campesinos, indígenas, maestros, trabajadores, reclamos sociales, etc. Ello es normal, es lo propio de una democracia.

Las protestas anunciadas para este jueves tienen una fundamentación bastante exótica, pues parecen más preventivas por lo que no ha pasado y a lo mejor no pase, que quejas por acciones y políticas gubernamentales. Se protesta por privatizaciones estatales que no se han dado y que no se sabe si ocurrirán, como el caso de parte de Ecopetrol; falta de inversión en la educación; porque se plantea una reforma laboral que incluye un salario inferior al mínimo para los jóvenes, que fue una idea lanzada por un gremio, que de inmediato contó con la desaprobación del Gobierno; una reforma pensional que privatizaría Colpensiones y eliminaría la pensión de los trabajadores como un derecho, también desmentida por el Gobierno.

Con razón, algunos analistas atisban un paro nacional con evidentes propósitos políticos. Sin duda, muchos de los políticos de moda, han utilizado la protesta contra la corrupción, o las mingas indígenas, o marchas obreras como catapulta para llegar a la función pública. También, a pesar del oportunismo que encierran protestas de esta raigambre, hacen parte de la democracia.

Lo que no se puede olvidar son los deberes de los ciudadanos y de las autoridades públicas. La protesta no puede convertirse en patente de corso para atacar los edificios públicos o privados, ni para dar rienda suelta a los actos vandálicos. Los ciudadanos que protestan deben realizar su marcha de manera pacífica, sin atentar con los derechos de los demás y las autoridades deben estar prestas a impedir cualquier acto de vandalismo. Mal momento para la protesta por la situación de violencia que ha vivido el vecindario; en Ecuador, Bolivia y Chile, lo que se inició como actos de protesta terminó como actos de barbarie y no queremos que esto suceda en Colombia.



"Pensar en soluciones que plantean los Nobel de economía"

Catalina Ortiz

SIN EXTREMOS

Más allá del paro

El mundo, y especialmente América Latina y el Caribe, atraviesan por un momento de turbulencia, marcado por fuertes crisis políticas y protestas callejeras. El descontento social que llegó a las calles en Puerto Rico, Honduras y Haití; y que luego llegó a Chile, Ecuador y Bolivia, se manifiesta hoy en Colombia, con el tan anunciado paro nacional.

Pretender negar que existe un descontento ciudadano es tapar el sol con un dedo. Aunque hay factores que parecen comunes en la región, las manifestaciones tienen matices y en algunas partes razones y visos muy diferentes. En algunos países las protestas obedecen a quejas sobre las necesidades económicas y sociales que durante décadas no se han podido mejorar sustancialmente, en otros el descontento apunta a la perpetuación en el poder y la corrupción.

Es evidente que hay frustración con la desigualdad y que los líderes políticos, o mejor los Estados, no han encontrado soluciones efectivas para solucionar los problemas de la gente, o por lo menos no a la velocidad necesaria. A esto se suma que los ciudadanos, en especial los jóvenes, están expuestos a vidas llenas de opulencia falaz a través de las redes sociales.

Y es que desde el Consenso de Washington, en los años 80, las políticas económicas han sido tipo sombrilla, recetas de política monetaria y fiscal generalistas para países como Chile, Bolivia, Argentina y Colombia. Hace ya rato que no hay consenso de Washigton, pero las politicas tipo "sombrilla" o "talla única" no se acaban y son tremendamente ineficientes para mejorar la vida de la gente.

En Colombia, por ejemplo, la economía crece modestamente, pero el desempleo no amaina y la calidad educativa, de salud, de infraestructura y conectividad en algunas partes del país da grima. Estos problemas no se han resuelto y la solución no parece estar a la vuelta de la esquina.

Por eso, ante los motivos que impulsan el paro nacional, sería interesante pensar en soluciones experimentales como las que plantean los ganadores del premio Nobel de economía para el año 2019, Abhijit Banerjee, Esther Duflo y Michael Kremer. Estos destacados economistas proponen un enfoque experimental para la evaluación de políticas públicas para encontrar la fórmula de focalización e intervención apropiada para cada caso.

Las ventajas de este enfoque son varias: en primer lugar, se garantiza un uso eficiente de los recursos al usarlos solamente en intervenciones que hayan demostrado su efectividad para la solución de un problema específico; en segundo lugar, se evita la tentación de trasplantar políticas sin tener en cuenta el contexto particular; y, finalmente, se ponen a prueba políticas de "sentido común" que no tienen ningún fundamento.

Más allá del paro nacional y de las protestas en las calles, el Gobierno y el Estado colombiano deben preocuparse por soluciones rigurosas a los problemas sociales de diversos sectores. Que sea el momento para atreverse a experimentar políticas públicas que permitan, de una vez por todas, dar soluciones reales a problemas sensibles como la creciente desigualdad que tenemos en Colombia.